Recomendamos al público **La Saeta** de esta semana. Es de primera...

**PIRIPITIPI**

SEMANARIO FESTIVO

**Redacción y Administración:** Provenza, 266, bajos - **Barcelona**

IMPRENTA DE ANTONIO VIRGILI EN COMANDITA — ROSELLÓN, 106

AÑO I * **Núm. 11** * BARCELONA

SEMANARIO FESTIVO

8 JUN. 1973

BIBLIOTECA NACIONAL - SECCION DE REVISTAS

Rosaura la impura, saliendo de la copa del vicio. (Mitología moderna)

**Precio: 5 cents.**

Tengo entendido que el señor ministro de Fomento piensa hacer una especie de certamen con los maestros de escuela más ilustrados y trabajadores.

Y como el pensamiento no puede ser más laudable, tomo nota de él y lo aplaudo con todas *las veras* de mi alma.

La importante clase del Magisterio español, está preparándose con objeto de que el mencionado certamen sea lucidísimo.

Habrá premios de todas clases: medallas, diplomas, *guita* hermosa y embutidos de las mejores marcas. Varios sabios profesores, recorrerán las escuelas examinando á los chicos, y por el hilo, sacarán la madeja; esto es, según su altura en ilustración, así juzgarán la del maestro.

Enfrente de mi casa vive uno que antes se pasaba las horas muertas tocando la flauta, y haciéndoles visajes á las vecinas. Pero ahora, con esto del certamen y de la perspectiva de los salchichones, no deja en paz á sus discípulos, poniéndolos *al pelo* en todo aquello que se relaciona con su limitado cometido.

Entre los chicos de esta escuela hay uno que es un lince; y á éste se dedica asiduamente el profesor. Días atrás lo llamó y le hizo las siguientes preguntas:

—Diez entre dos ¿á cómo tocan?

—Eso será según el que reparta,—contestó el chico.

—¿Cómo es eso?

—Cuando murió mi abuelo, dejó diez mil pesetas para mi madre y para su hermana. ¿A cómo tocaban?

—A cinco.

—Pues se las repartió el escribano y tocaron á tres.

—Esas no son buenas cuentas.

—Eso dijo mi padre.

—Vamos á ver: ¿Cuál es el pájaro que llega con su vuelo á más altura?

—No lo quiero decir.

—Niño, no sea usted descarado y conteste. ¿Cuál es el pájaro que vuela más alto?

—Me da vergüenza.

—¿Por qué?

—Porque anoche se lo dije á la doncella de mamá y me dió una tunda, llamándome á la vez sinvergüenza.

Y es que la Zoología tiene unos nombres que hasta ruborizan á los chicos.

PIRIPITIPI

# LA SIRENA

Cuentan los viejos marinos que allá por el año de la *Nanita*, solían las bellísimas sirenas velar el sueño de la gente de mar; y claro, por tal razón, no se sucedían con tanta frecuencia los siniestros marítimos.

Así anduvieron las cosas, hasta que un pescador llamado *Madruga*, quiso saber hasta que punto era verdad la vieja leyenda.

Una noche placida y serena del mes de mayo, preparó su lancha y fuése mar adentro con la sola idea de fingir un sueño profundo, á ver si de este modo engañaba á cualquier sirena inocente.

Con tal pensamiento y relamiéndose de gusto caló sus redes, amarró el timón, tendióse en el fondo de la embarcación, y cerrando los ojos comenzó á roncar como un barraco.

La sirena se conoce que nadaba entre dos aguas por allí cerca, porque á los primeros ronquidos, como si fueran conjuros, abriéronse las aguas y envuelta en azulada luz brotó la figura más bella que pudiera forjar la más exaltada imaginación.

*Madruga* la vió sentarse en la popa, desnuda completamente, y sintió un temblor nervioso que le recorrió todo el cuerpo.

La encantadora sirena, ajena por completo á que era observada, se apoyó indolentemente en la caña del timón y esperó tranquila que llegase el nuevo día.

Pero el astuto pescador, enloquecido por los tentadores encantos de su bella guardiana, abrió los ojos desmesuradamente, saltó como un gato, y antes de que la sirena tuviera tiempo de escapar, quedó fuertemente sujeta entre sus nervudos brazos. La sirena no gritó ni dijo una palabra, porque las sirenas no hablan; y *Madruga* se despachó á su gusto, hasta que rendido y extenuado por la fatiga y el abuso del placer, quedóse dormido como un tronco.

Cuando amaneció el nuevo día, ya había desaparecido la sirena; y *Madruga* volvió otra noche y otra y ciento... pero su guardiana no se presentó más, ni volvió á velar el sueño de marino alguno. Desde entonces son los grumetes los encargados de hacer las veces de las sirenas.

Salud Salón

## El espejo

UCHAS personas creerán que en el teatro, y sobre todo entre bailarinas, no se encuentra una virtud por un ojo de la cara.

Pues todas esas personas están en un error.

Yo conocí en mis tiempos á una hermosa joven llamada Clotilde, que era una de estas virtudes inquebrantables.

Como era tan bella, comprenderán ustedes que tenía los adoradores á millares.

Uno de éstos era nada menos que el marqués de la Ampolla, joven todavía é inmensamente rico.

Este le prometió primero ricas joyas, después carruajes y palacios, y, por último, su corona de marqués.

¡Ahí es nada! ¡Pasar de bailarina á marquesa de la Ampolla!

Pues bien: Clotilde dijo al marqués que nones con todas sus letras y siguió haciendo *trenzados* en el escenario.

—¿Qué deseaba entonces aquella belleza?

Todos sus amigos lo ignorábamos y todos, menos yo, se conformaron con dejar el asunto en el misterio. Aquello había picado mi curiosidad y decidí enterarme á toda costa.

Una noche al ir á entrar en su cuarto durante un intermedio, con resuelto ánimo de sacar la conversación y hacer las indagaciones que pudiera, me detuve en la puerta terminando de coordinar el plan que había de seguir para conseguir mi objeto.

El pasillo estaba algo obscuro, y por el ojo de la cerradura salía un finísimo rayo de luz apenas perceptible.

La curiosidad me picó con su aguijón y apliqué el oído á la puerta.

Un escalofrío intenso recorrió mi cuerpo en menos de un segundo.

¡Había escuchado un beso sonoro y apasionado en el interior del cuarto de Clotilde!

¿Quién sería el afortunado mortal?

Esto pensando, quité la oreja y apliqué el ojo al agujerillo por donde salía luz.

Lo que vieron mis ojos, no lo podía ni soñar.

Clotilde, aun en traje de calle, besaba en el espejo la imagen de su lindo rostro.

Confieso á ustedes ingenuamente, que por aquella época no estaba yo tan picardeado como ahora, así es que más atolondrado que antes y olvidando ya el plan que me había propuesto se-

guir, llamé á la puerta, y poco después me encontraba medio encortado ante mi bella bailarina.

—¿Ha estado usted en la puerta mucho rato?—me preguntó.

—Sí, señora, desde el primer beso;—contesté sin saber lo que decía.

—¡Ah, curiosón!—dijo Clotilde, soltando una franca carcajada.—¿Conque me ha estado usted observando por el ojo de la llave?... Pues que aproveche, amigo.

Y siguió riendo descompasadamente. Aquello me acabó de desconcertar. Pero una vez repuesto, reí con ella por no hacer un mal papel y le pregunté:

—¿Sería usted tan buena y tan amable que saciara mi curiosidad.

—Ya sé lo que trata usted de preguntarme.

—Veamos.

—¿Por qué siendo joven y bella no ama?

—Justo.

—Pues, hijo mío, sencillamente: porque tengo muy bien estudiado al hombre, y he sacado en consecuencia que es el peor enemigo de la mujer.

—Está muy bien. Pero, ¿cómo contiene ó sacia los arranques pasionales, que por fuerza ha de experimentar?

—Ese es, precisamente, mi trabajo de hoy. Empiezo por mirarme al espejo y ya me voy acostumbrando á saborear mis líneas... en una palabra, me empiezo á amar á mí misma...

—Pero eso es insustancial y monótono.

—¡Oh! Cuando llegue á cansarme no faltará una amiga cariñosa que me consuele y me distraiga. Créame usted. El hombre es el peor enemigo de la mujer, y la mujer el del hombre.

—¡Valiente teoría!

—Sí, señor. Yo al principio me reía de estas cosas, pero ahora las encuentro muy naturales. Siga usted mi ejemplo. Si quiere ser feliz, empiece por alejarse de la mujer, que espejos no han de faltarle donde hacer los primeros ensayos para llegar á ser completamente dichoso.

Al llegar aquí la conversación, gritaron que iba á empezar el acto y me retiré con la cabeza como un calabacín. Sin esperar á que terminara el espectáculo, me retiré á casita pensando siempre en las últimas palabras de la original Clotilde. Por cierto que al abrir la puerta del piso contemplé un momento mi imagen en un espejo del recibidor.

—No soy feo del todo,—dije para mis adentros.

Y quise contemplarme de nuevo. Pero algo extraordinario se revolvió dentro de mí, que me hizo alzar el palo descargándolo sobre el cristal, el cual cayó estruendosamente sobre el pavimento. Desde entonces me afeitan de cara á la pared.

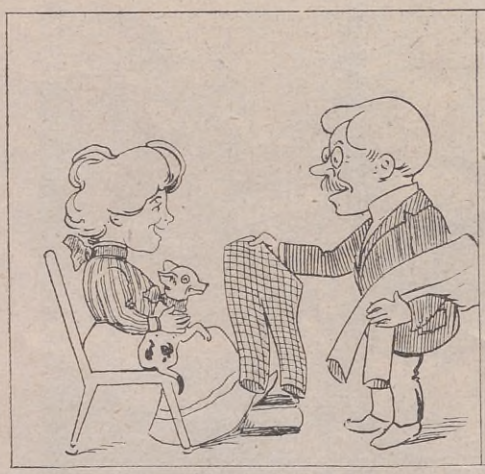
*¡Oh, jóvenes amantes!* No hagáis caso de las *Clotildes* y buscad á la mujer, aunque tengáis que romper todos los espejos que os halléis delante.

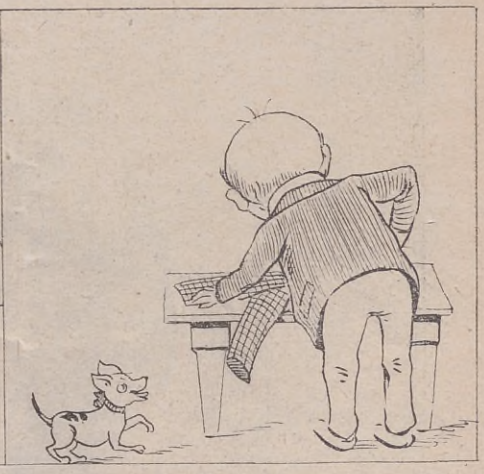
MORÓN

Si no les gusta á ustedes ésta, porque la encuentran algo metidita en carnes,

aquí tienen esta otra, más delgada. Tenemos para todos los gustos.

## El sastre y el perro





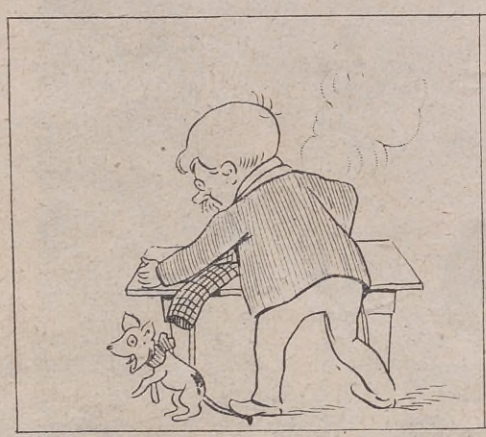
—Mientras tú estás con Jazmín, voy á planchar en un periquete los pantalones del marqués.

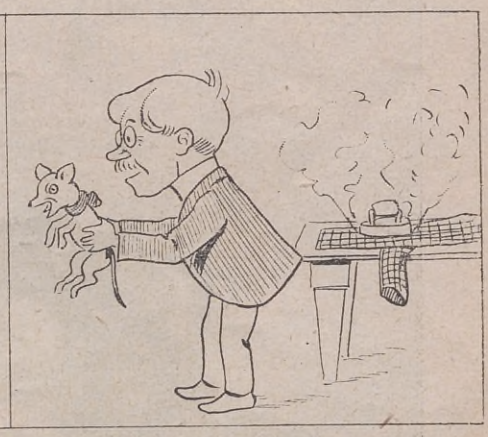
—Bueno. Procura no tardar, porque la cena espera,

Así hablan el sastre y su mujer. Pero ésta deja en el suelo al falderillo, y el maestro se dispone á planchar.

Y como el ama, que es quien entretiene al animalito, le deja solo, éste va á buscar al sastre metiéndose por entre las patas de la mesa.

¡Oh! Algunos perros son de lo más patosos que ustedes pueden llegar á figurarse.





Estando entre las patas de la mesa, viene á caer debajo de una de las del sastre, cuya terrible y pesada extremidad se posa fuertemente sobre la colita del can.

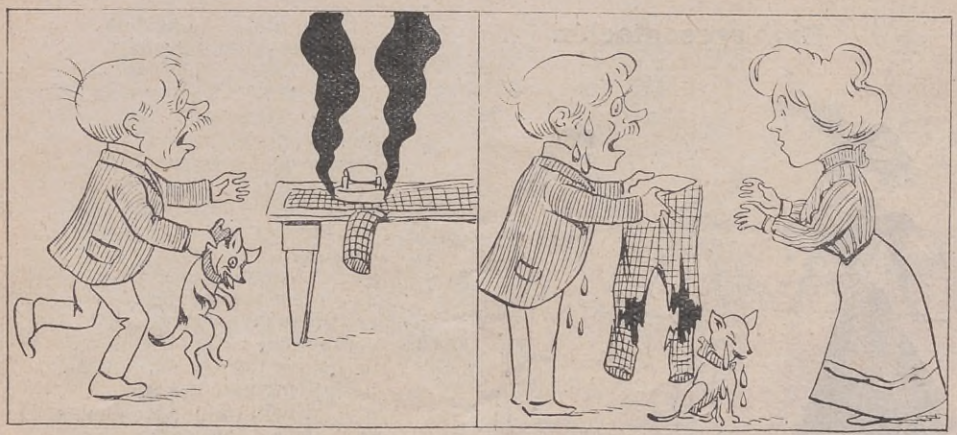
Un ¡ay!... de dolor se escapa de la trompa del perro, obligando al maestro á dar un salto y á que grite desde dentro la maestra:

—¿Qué has hecho con Jazmín, cacho de bruto?

Este coge al perro para acariciarle y se deja la plancha olvidada sobre los pantalones del marqués.

De pronto se detiene, retuerce las narices y exclama sin soltar el perro:

—¡Oh, Dios santo y misericordioso! Juraría que huele á chamuscado.



En efecto, dos columnas de negro humo se alzan alrededor de la candente plancha.

—¡Estamos perdidos!—grita el sastre, agarrando á Jazmín de una oreja y corriendo hacia la mesa.

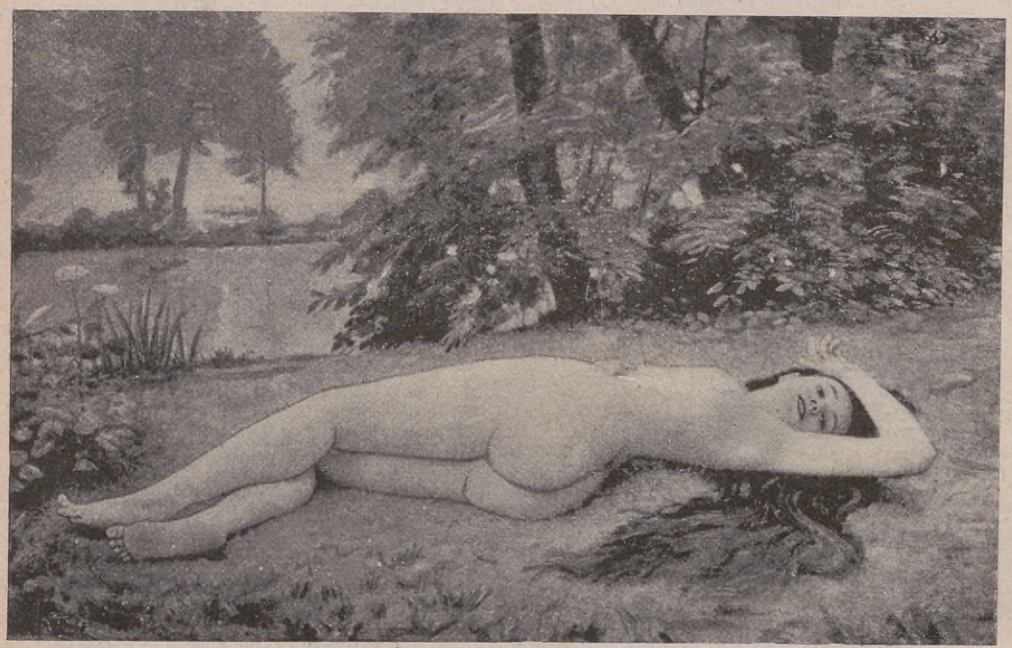
El espectáculo no puede ser más siniestro ni más imponente.

—Mira que catástrofe,—dice el sastre, presentando los pantalones á su esposa.

—Y todo por el perrito,—añade ésta.

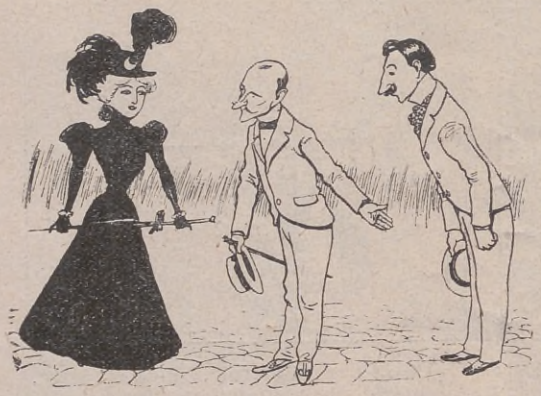
—Justo.

—Pues bien: yo le castigaré como se merece. Esta noche no se acuesta conmigo, que equivale á dejarle sin postres.



Me parece que está abandonada y perdida por añadidura. *¡Probetica!*

## Una presentación



—Aquí le presento á usted
á mi amigo Policarpo,
joven de muy buenas prendas,
que está de usted enamorado.
—¡Ay, sí! Lo que dice éste
es muy cierto y yo lo alabo,
porque por usted estoy loco,
pero loco arrematado.
—Y por lo mismo, señora.
me apresuro á presentarlo.

—Está muy bien, caballero.—
dice la señora al canto.—
Su amigo de usted me ama
y quiere ser presentado.
—Justo. Veo que comprende
lo que aquí estamos tratando.
—Lo comprendo; pero ahora
contésteme en castellano:
¿A usted, quién me lo presenta?
—A mí nadie. Yo me marcho.

## Cuestión de prendas

¡Pero, mujer! Considera,
por la memoria sagrada
de aquel album de virtudes
que se llamó *señá* Engracia,
y se estuvo nueve lunas
modelando esa garganta,
y ese talle, y esos hombros,
y esa región hipogástrica,
con todas las adyacentes
que la veleta indicara;
considera, te repito,
que el caso de que se trata
no merece tan siquiera
ese juego de palabras
con que me estás obsequiando
desde que ingresé en la cama;
porque me parece á mí
que, al hombre que la semana
se la lleva *de verano*
con las manos en la masa,
se le debe dispensar
—como la higiene lo manda,—
que una vez que se le ponen
de punta las empanadas,
procure atacar un caso
de intoxicación *galvánica*,
respirando el aire puro
que corre de madrugada...
Y después de todo ¿qué?
¡Es acaso alguna falta
beberse con dos amigos
arroba y media de Arganda,
y que luego, por finura,
le acompañen á uno á casa!
Me parece que eso á ti
ni te enturbia, ni te aclara.
¡Que me he gastado el jornal
y te hacía mucha falta!
Si te *hacía*, ya no te hace.
¡A qué hablar de lo que pasa!
¡Que hemos estado de juerga
con tres gachonas de fama!...
Pues que me vea más loco
que el Emperador del *Sara*,
y me tomen los negritos
de las costas africanas,
—que, dicho sea de paso,
ya sabes cómo las gastan,—
si es que hubo ni conatos
de interpolarnos con faldas.
Y si á ti te han afirmado,
como hace poco jurabas,
que vieron á la Rosario,
á la Petra, y á la Juana
alternando con nosotros;
yo, sostengo mi palabra
y ratifico lo dicho:
¡no había *por medio* enaguas!

. . . . . .

¡No, señora, no las hubo!
¿Lo sabré yo...? ¡Pues faltara!...

EMILIO DÍAZ CORONA

Esta hermosa mujer que tenemos el gusto de presentar hoy á nuestros numerosos lectores, tiene, entre otras, la preciosa cualidad de que cuanto más se la mira más gusta. Pero, en cambio, tiene otra terrible, y es que cuanto más le dan, más pide. Su boca, no es boca, sino el movimiento continuo.